



FILOSOFÍA

Leopoldo Zea (1912-2004)

Acabamos de perder a uno de los pilares de la filosofía mexicana: Leopoldo Zea. Fallecido el día 8 de junio, a los 92 años de edad, era el decano de los filósofos en México. Él mismo se destacó por haber luchado constantemente por el reconocimiento de la filosofía mexicana y de la filosofía latinoamericana. Pero, tal vez lo más importante, no para enfrentarse simplemente a la filosofía europea, sino para que ésta no desconociera las otras formas de filosofar que se dan en ambientes diferentes. Ésa fue la conciencia que Zea nos dejó.

Nacido en la ciudad de México, en 1912, estudió —un poco tardíamente— la carrera de filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y tuvo como principal maestro y mentor a José Gaos, el célebre profesor español, que,

a causa de la Guerra Civil Española, vino en 1940 a estas tierras y fue de los que impulsaron y mejoraron la enseñanza de la filosofía. El propio Gaos, al que le gustaba calificarse de “transterrado”, tuvo un gran aprecio por México, y promovió el que se estudiara la historia de la filosofía de nuestro país, y aun participó en las discusiones que se tenían acerca de si era posible una filosofía mexicana. Esas discusiones eran sostenidas por miembros del grupo “Hiperión”, al que pertenecía el propio Zea, junto con otros filósofos como Emilio Uranga, Luis Villoro, Ricardo Guerra, Joaquín Sánchez MacGregor y otros.

Gaos orientó a Zea para que estudiara la filosofía mexicana, como lo hizo en su célebre trabajo *El positivismo en México* (1943); pero fue más allá, y, además de seguir trabajando aspectos de la historia del pensamiento mexicano, como el positivismo y el liberalismo (*Apogeo y decadencia del positivismo en México*, 1944; *Esquema para una historia de las*

ideas en Iberoamérica, 1956; *El pensamiento latinoamericano*, 1965; *Filosofía y cultura latinoamericanas*, 1976; *Simón Bolívar, integración en la libertad*, 1980; *América Latina en sus ideas*, 1986), abordó la reflexión acerca de la posibilidad de una filosofía mexicana y latinoamericana, su naturaleza, etc., en libros como *América como conciencia* (1953), *América Latina y el mundo* (1965), *La filosofía americana como filosofía sin más* (1969), *Dependencia y liberación en la cultura latinoamericana* (1974), *Dialéctica de la conciencia americana* (1976), *Latinoamérica en la encrucijada de la historia* (1981), *Discurso de la marginación y la barbarie* (1988). Son sólo unos pocos de sus textos que nos pueden servir como ejemplos.

En las clases de Zea aprendimos, en primer lugar, que una filosofía mexicana y latinoamericana era posible y válida, porque abordaba principalmente los problemas propios de América Latina, distintos de los de Europa (la dependencia, la negación, la falta de identidad, etc.), y, en segundo lugar, que la filosofía mexicana o latinoamericana era tan valiosa como la europea, y que podía tener el mismo nivel, a pesar de la diversidad de los ambientes. Algo que nos enseñó, y que a mí me hizo pensar mucho, es que se pueden adoptar métodos o modos de pensamiento provenientes de Europa (fenomenología, existencialismo, análisis, hermenéutica, etc.) y usarlos para pensar nuestros problemas; con esa aplicación a lo nuestro se dará algo tan diferente y peculiar, que podremos llamarlo filosofía mexicana o latinoamericana. Ya no sería algo puramente europeo, pero tenía que existir esa intencionalidad de producir pensamiento para México o América Latina.

Creo que eso nos marcó profundamente, y nos abrió la posibilidad de soltarnos a pensar, a filosofar por cuenta propia. Nos dio el ánimo de centrarnos en nuestros propios problemas, y tratar de responderlos desde una cierta generalidad (que en eso consiste, en el fondo, la filosofía), y a echar mano de los métodos o instrumentos conceptuales propios o ajenos, que el resultado, ya que es hecho por filósofos mexicanos



Leopoldo Zea.

y latinoamericanos, será una filosofía latinoamericana, sin más.

Zea nos dio la capacidad de una filosofía nuestra, que vaya más allá de la repetición vacía y de la adaptación folclórica, al igual que más allá de una actitud resentida con el pensamiento europeo y, por lo mismo, estéril. En ese sentido fue un gran maestro, que enseñó a filosofar. Y merece nuestra gratitud y reconocimiento. Esa filosofía nuestra va surgiendo y avanzando poco a poco. Estoy seguro de que ella es el mejor tributo y homenaje que podemos rendir a la ímproba labor de nuestro recordado maestro, el cual señaló y sentó sus condiciones de posibilidad. —

— MAURICIO BEUCHOT

DESARROLLO

La agonía de la democracia en América Latina

A principios de los años noventa, después de la caída del muro de Berlín en 1989, se pensaba que las ideas de la democracia y el mercado habían triunfado definitivamente.

Francis Fukuyama conoció la celebridad anunciando “el fin de la historia”, la etapa final de síntesis de todos los conflictos históricos.

Cuando en una ocasión dieron la noticia de su muerte estando todavía vivo, Mark Twain, humorista por antonomasia, dijo que las noticias de su muerte habían sido “vastamente exageradas”. Algo similar puede haber ocurrido con ese optimismo con la democracia y los mercados. Al menos es lo que fluye del importante estudio de Naciones Unidas, “La democracia en América Latina”, presentado recientemente en Lima. Realizado en dieciocho países, recoge una encuesta a 18,643 personas, además de entrevistas en profundidad con 231 líderes de opinión de la región, entre ellos varios ex presidentes. Del total de encuestados, 54,7 por ciento ha declarado no tener problemas con una dictadura, si produce progreso económico, y 56 por ciento valora más el desarrollo que la democracia.

En los últimos veinticinco años, América Latina hizo extraordinarios progresos en la consolidación de sus sistemas democráticos. Es la única región en el mundo subdesarrollado gobernada íntegramente por democracias, exceptuando Cuba. Hay incluso toda una generación que nació y creció sólo en democracias. Sin embargo, una mayoría de los habitantes del continente no sienten beneficios. ¿Por qué?

En ese lapso en que se consolidaba la democracia, el continente no tuvo virtualmente crecimiento per cápita (pasó de 3,739 a sólo 3,952 dólares). Asimismo, la pobreza disminuyó muy poco, porcentualmente, pero en términos absolutos el número de pobres aumentó. Por otro lado, el continente presenta, según el informe, la desigualdad más alta del planeta.

Quizá falta otro estudio semejante sobre la legitimidad del mercado. En toda América Latina, acaso con excepciones como Chile, que comenzó sus reformas mucho antes del consenso de Washington, es probable que haya desencanto con el “modelo”, o al menos con partes del modelo, o con lo que le

faltó poner en práctica al modelo. Se aplicaron las recetas, pero no hubo auténtico crecimiento y, cuando lo hubo, no hubo verdadera distribución.

Brasil, por ejemplo, que había crecido todo el siglo, pero sobre todo de 1950 a 1980, impulsado entre otras cosas por la extraordinaria experiencia desarrollista de Kubitschek, creció comparativamente poco los últimos quince años. Si hubiera mantenido el ritmo de crecimiento anterior, tendría el doble de tamaño económico, y sería una economía más grande que cualquier economía europea exceptuando Alemania.

Siendo un problema el crecimiento, el problema principal de América Latina es que, aun cuando se produce, beneficia sólo a minorías. No circula.

Cuando se presentó el informe que comento, estaba leyendo por casualidad *El mundo en llamas*, un libro de una profesora de Derecho de la Universidad de Yale, Amy Chua. La profesora Chua es china, aunque de nacionalidad filipina. Es decir, forma parte de la minoría económicamente dominante en toda el Asia, esa diáspora china que domina Singapur, Malasia, Indonesia o Filipinas.

Su tesis, surgida no sólo de sus estudios sino de su propia y afortunada experiencia familiar, es que “los mercados concentran riqueza, con frecuencia una riqueza espectacular, en manos de la minoría dominante del mercado, mientras que la democracia aumenta el poder político de la mayoría empobrecida”. Agrega que “en las numerosas sociedades del mundo que poseen una minoría dominante del mercado, los mercados y la democracia no se refuerzan mutuamente”. ¿Por qué, se pregunta, Bill Gates, que posee tanta riqueza como el 40 por ciento de la población norteamericana junta, no genera odios? Porque el “sistema” provee, en el fondo, igualdad de oportunidades. Hace treinta años estaba en un garaje de Seattle.

Cuando el “sistema” no ofrece futuro, igualdad de oportunidades, el odio, social o étnico, estalla. Chua cree que, en condiciones de gran desigualdad, “la lucha por conseguir una democracia de

libre mercado se convierte en un motor de etnonacionalismo potencialmente catastrófico, que enfrenta una frustrada mayoría 'indígena' (a la que los políticos oportunistas en búsqueda de votos incitan con facilidad) a una minoría étnica adinerada. La mayoría puede mejorar o no su posición en términos absolutos —controversia en la que se concentra gran parte del debate sobre la globalización—, pero cualquier sensación de mejora queda aplastada por su continuada pobreza”.

¿Por qué no circula el crecimiento? ¿Por qué los derechos no están equitativamente repartidos? ¿Por qué la propiedad no vale? ¿Por qué el crédito no circula?

La conclusión a la que he llegado hace tiempo es que los “cuellos de botella” del desarrollo latinoamericano no son primordialmente económicos sino institucionales. No están en el *hardware* que utilizamos, sino en el *software* que ignoramos. Por tanto, si no atacamos esos cuellos de botella, el crecimiento nunca circulará, el mercado será un privilegio de minorías, y la democracia siempre será frágil para ofrecer resultados.

Es en este campo, no en la macroeconomía —por importante que sea—, ni en la negociación —sin embargo decisiva de nuestra inserción comercial en el mundo—, donde está el gran desafío de América Latina en los años por venir. —

— ALFREDO BARNECHEA

PIEDRA DE TOQUE

La moral del crítico

La lectura de los semanarios culturales españoles resulta cada día más una provocación a la sensatez y la exigencia críticas; quiero decir, a un grado de lectura vivo y mínimamente culto. Salvo algunas excepciones, los comentarios que leemos habitualmente están carentes de capacidad analítica, de conocimiento de la historia literaria y de algo que, lo sé, roza lo indomestable: gusto. Suele salvarse la crítica de libros técnicos y, en especial, la crítica de libros de historia, no porque sea más

fácil sino porque el elemento objetivo, en principio, es más evidente y por lo tanto más fácil de exigir al ejecutor del comentario que se atenga a la verdad; pero, si nos desplazamos a la novela o a la poesía (¡ay, la poesía!), será fácil perfilar al atrevido reseñador: joven, profesor, que quiere ser poeta o que ya ha dejado de pretenderlo. Yo creo que cualquier mundo donde falten los jóvenes (salvo en los geriátricos) estará falto de una presencia y de una visión necesarias, pero de ahí a pensar que la mejor crítica la puede hacer un recién llegado a la literatura hay un paso, inmenso.

La crítica necesita de cierta experiencia porque sin el elemento comparativo (que exige tiempo para haber leído lo suficiente, algo con lo que comparar), no hay forma de saber. Un crítico que no haya leído las fundantes novelas de formación de lengua alemana del siglo XIX y comienzo del XX, mal podrá comprender la novela de hoy que sea heredera de dicha tradición. A diferencia del crítico, el lector, ese que según Steiner no tiene por qué ser un epistemólogo, puede acercarse a dicha novela o libro de poemas actuales sin problemas, porque un libro no se propone como un peldaño en una subida hipotética o en una cadena lógica sino que suele ser, en el campo de la creación, una propuesta de realidad. De ahí que cualquier joven sensible pueda leer azarosamente una novela y vivirla, comprenderla desde su propia experiencia, porque toda obra creativa apela a la subjetividad, al sujeto. Pero el crítico es, ciertamente, el que provoca entre su lectura y él una distancia conflictiva de la que surge o puede surgir, a partir de la obra, un texto paralelo. La historia de la crítica no es sino esto: la conversación culta que algunas personas han mantenido, consigo mismas o con otras, sobre lo que han leído. Los más entregados a las teorías encontrarán la frase demasiado simple, pero no olvido que para entender qué significa esa lectura hay que preguntarse por la complejidad de la conversación, esa acción radical que nos hace hombres.

La tensión se sitúa entre la lectura apegada (si el libro y el lector lo logran) a la superficie del texto, y ese momento del crítico en el que se retira y valora la distancia. Una distancia que toma al libro como objeto, pero que no puede en ningún momento olvidar que está poniendo en juego su subjetividad: porque, aunque se basa en aspectos formales a veces muy estrictos (lingüística, retórica, etc.), la crítica no es ciencia. El viejo Sainte-Beuve, de cuyo nacimiento se cumplen ahora doscientos años, vivió una época contradictoria y agitada, de búsqueda, en la que procuró desenvolverse con criterios propios. Esa época estuvo signada por el romanticismo y sus aspectos altamente impresionistas, el realismo y el naturalismo, además, en el campo de las ideas, de los intentos del cientificismo y del positivismo de dotar a la historia y crítica literaria de un instrumento riguroso. Taine, que fue amigo de Sainte-Beuve y autor de un lúcido texto a la muerte de éste, pretendió esos rigores, de ahí que el autor de *Retratos literarios*, aunque desde joven se desvivió por alcanzar un sistema, intuyera que tanto en la obra como en la lectura siempre hay un elemento irreducible y productor de significados. No creo que haya forma de salir de esta disyuntiva: por un lado la necesidad de formalizar y someter a ciertos métodos (etimológicamente: camino) el estudio tanto de la novedad como de las obras del pasado; por el otro, lo indeterminado de la lectura: esa insoslayable introducción de la subjetividad, de aquello que encarna la obra y se mueve sin cesar, inasible y al mismo tiempo apelable.

Comencé diciendo que pasamos por un momento bajamente crítico, y por ello creo necesario examinar al crítico, exigirle precisamente que dialogue consigo mismo y con los otros. Un crítico que ignore que su labor ha de estar mediada por el desafío y que la distancia entre él y la obra ha de constituirse, en principio y por principios, en problema, convierte su lectura en un producto ingenuo o tóxico. Esta responsabilidad del crítico compete también a

los directores de revistas y periódicos, que a veces centran la vigilancia moral en los trabajos de opinión política, sociológica o histórica en detrimento del examen de las novedades editoriales. Creo que tan importante es lo uno como lo otro porque los libros, a diferencia de lo que piensan algunos, sí inciden y cambian la historia. Y lo hacen de dos maneras: influyendo en aquellos que los leen tanto como en aquellos que tienen la costumbre de ignorarlos. —

— JUAN MALPARTIDA

POESÍA

Javier Sologuren en su vida continua (1921-2004)

La reciente muerte de Javier Sologuren se suma a la de otros poetas peruanos —Washington Delgado y Francisco Bendejú, entre ellos— que ha diezmado últimamente a la llamada “Generación del 50”, importante grupo que representó un cambio sustantivo en nuestra literatura del siglo XX, y que ha seguido activa aun en los primeros años del nuevo. Con su desaparición no sólo perdemos a un notable poeta, sino a un traductor, crítico, antólogo y editor de poesía, cuya intensa labor en todos esos campos significa una gran contribución a la poesía en nuestra lengua. Pero además —y sobre todo— perdemos a un hombre de bondad y generosidad proverbiales, por completo ajeno a las rencillas, envidias y vanidades que tanto afean la vida intelectual. Lo conocí personalmente y lo frecuenté en los años sesenta y setenta; nunca lo escuché hablar mal de nadie, ni siquiera en tono de broma o como maliciosa travesura. Por eso era imposible no quererlo en su modestia y suprema sencillez.

Con paciente devoción y durante casi dos décadas, desde su casa en las afueras de Lima, imprimió, a mano, en una pequeña “minerva”, decenas, quizá cientos, de cuidados libros y *plaquettes* de poetas peruanos de su gene-



Javier Sologuren.

ración y de otras épocas, así como obras escritas en diversas lenguas, incluso las orientales. Bajo el nombre “La Rama Florida”, que se hizo famoso entre los lectores de poesía, formó una espléndida colección en la que figuran grandes nombres al lado de desconocidos y marginales, que él seleccionaba con gran rigor y sensibilidad, y que constituye una verdadera biblioteca de la lírica de todos los tiempos.

Esas virtudes —rigor y sensibilidad— son visibles en su obra creadora y crítica. Hay poetas que pasan por diversas fases y sufren transiciones muy marcadas en su evolución; otros parecen seguir un constante ideal que básicamente no cambia a lo largo de los años. Sologuren pertenece a esta segunda categoría: su voz es esencialmente la misma casi desde el comienzo, y todo lo que hizo fue refinarla, pulirla, perfeccionarla sin descanso. Aunque en sus primeros libros hay imágenes y formas que muestran cierto influjo de la vanguardia, esa voz es siempre idéntica a sí misma. Desde sus inicios, supo medir bien su fuerza poética y presentir a dónde iba, evitando los excesos y caídas típicos del poeta joven; es como si hubiese aprendido su oficio antes de comenzar. Su tono predominante es reflexivo, sereno, sabio y melancólico:

el de un creador que indaga los misterios del mundo sabiendo que son inalcanzables; lo importante es no renunciar a esa búsqueda y tener constancia en el ejercicio de la poesía y tener fe en el poder de la palabra. Léanse estos versos para apreciar el modo como Sologuren procesaba y transfiguraba el mundo real en parte de su intimidad:

Está la niebla baja, el mar cercano,
blancas aves se anuncian.

El tiempo teje una vez más la tela
del engaño.
Todo invita al descenso y a la ofrenda:
el bosque crepitante, la resaca
y el dulce, el hechizado
crepúsculo de hojas que se enciende
entre mi corazón y el tuyo.

(“Paisaje”)

El título de *Vida continua* (su primera aparición es de 1966), bajo el que recogió lo esencial de su obra, es exacto y revelador. Ese libro es el centro de toda su producción; fue reeditado muchas veces y continuamente ampliado y revisado, como hizo Jorge Guillén —poeta que él admiraba— con su *Cántico*. Su lúcida y apasionada entrega al quehacer poético se convirtió en una forma de vida interior —una vida con sentido— que casi reemplaza u oscurece a la otra. El autor ha dicho: “Mi poesía se ha ido produciendo en círculos concéntricos, a modo de impulsiones que se explayan del centro cordial a la periferia...” En su esfuerzo creador hay una sutil conjunción del legado de los clásicos antiguos y modernos, el gran romanticismo, la poesía nórdica (vivió, enseñó y se casó en Suecia), el simbolismo europeo y otros movimientos fundamentales de la lírica contemporánea.

En un texto justamente titulado “Poesía”, Sologuren definió la razón de su oficio: “Pero qué cerca estás de mi sangre, / y sólo creo en el dolor de haberte visto.” Bien puede decirse que vivió en un estado de gracia poética, y que sólo la terrible enfermedad que

le robó la memoria de sí mismo pudo cegar esa radiante visión. —

— JOSÉ MIGUEL OVIEDO

POLÍTICA

Las razones de Babel

Si los movimientos sociales presagian el clima en la política nacional, el 68 anunció la batalla por la democracia y el 88, la alternancia. ¿Pero qué presagió el CGH (Comité General de Huelga universitaria) cuando sesionó con un alambre de púas alrededor de una mesa que supuestamente conducía los debates? Hoy lo vivimos: la extinción del argumento para ganar —el año de 1968— e incluso la lealtad al líder —el año de 1988— para prevalecer. Todo devino en una irreductibilidad de posturas que se desató con órdenes judiciales. Sólo quedó el alambre de púas.

El CGH, por supuesto, no es el responsable de ello, sino sólo un síntoma. Como lo es también la desaparición del debate. El fondo es, quizás, la extinción de la figura del intelectual en la arena que él creó: la esfera pública.

Desde 1968 el papel de la crítica en México ha sido enorme: le creó una forma de decir al país distinta a la del

discurso oficial, retrazó los límites entre lo que era aceptable e inaceptable como verdad, redireccionó la esfera pública como el lugar donde lo que está en juego no es el poder sino la razón, tomó como única responsabilidad ante su público el interpretar y ordenar el debate público. Así, la crítica mexicana se colocó justo entre un Estado monopolizado por el PRI y la sociedad civil que venía de la derrota del 68: en esos años, las batallas se dieron desde la cultura, porque el momento político era justo de lo “cultural”. Lo propiamente político pertenecía al dominio exclusivo de los grupos dentro del Partido Único. La política era sólo un ritual público entre traiciones privadas. Por muchas décadas, nuestra literatura en los periódicos y revistas —sobre todo desde los suplementos culturales, notablemente, desde *Plural* y *La cultura en México*— fue nuestro único parlamento, con intelectuales —si por ello entendemos la voz narrativa que, negándose a especializarse, abarca la interpretación de una época y, con ello, gana la autoridad para hacerlo— que se opusieron tanto al autoritarismo como a la autarquía, tanto a la represión como a la violencia revolucionaria. De 1968 hasta el 2000, la crítica se convirtió en un nuevo poder, el poder del sentido. Sentido que, en el caso de México

—donde la locura baja en forma de paranoia represiva o plan genial (la población podrá estar enferma, pero las finanzas están sanísimas)—, era, sobre todo, sentido común. Y era liberal o de izquierdas (nunca de derecha) simplemente porque el origen de la esfera pública que ayudó a crear y a interpretar provenía del verano de 1968.

La transición, cuya primera etapa va de la independencia del IFE a la toma de posesión de un presidente no priista, abjura de los intelectuales porque va aparejada a una repentina libertad de los medios electrónicos de comunicación. La nuestra no es una democracia de partidos o de ciudadanos, sino que es sobre todo catódica: en el 2000, la gente sale a votar, sus votos se cuentan, pero para que cuenten debe aparecer el presidente del IFE en la tele y dar los resultados preliminares que el presidente Zedillo avala en el siguiente capítulo de la miniserie. Fue necesaria la confirmación catódica para evitar una impugnación que cubriera de sospechas a los derrotados. Fox le debe todo a la publicidad, nada a la cultura; todo al eslogan, nada al sentido. Y, también, le debe a la tele la demostración de su triunfo.

Y la dinámica gerencial se hace tendencia: la democracia no es comentada ya por los intelectuales, sino por los expertos, los encuestadores, los directores de imagen, los comentaristas muy queridos porque confunden el humor con lo banal, los periodistas que interpretan el sentir del ama de casa. La autoridad ya no proviene de voces discursivas que comparten la creación de un consenso público, sino de una fuente distinta. El “líder de opinión” no es un intelectual, sino alguien que se identifica con el *rating*.

Al discurso público le ha ido pasando lo que a la tecnocracia: encerrado en una teoría (“no hay más ecuación sobredeterminada de la economía nacional que la nuestra”), repite los términos de la experiencia, no intelectual, sino puramente académica. El experto en Bobbio lo ha leído tan bien



que repite sus textos como si fueran consignas, aunque el tema sea la epidemia de sarampión. Los politólogos —dueños de una buena cantidad de horas al aire en radio y televisión— rumian las fórmulas: Estado de derecho, gobernabilidad, acuerdo, desprestigio de la política. Nadie parece estar escuchando porque ninguna de sus fórmulas es relevante para el resto. Los economistas rumian de igual forma sus urgencias: reformas estructurales, crisis del régimen de pensiones, aperturas. Pero, al igual que las urgencias de los funcionarios “expertos” (el momento en que la tecnocracia se montó en el primer gobierno de la alternancia es el del llamado “gabinetazo”, que lo mismo declaran como imprescindible un aeropuerto, que una reforma eléctrica y, al final, el aeropuerto que teníamos servía por varios años más y el apagón masivo no ocurría), los inmovilistas ganaban el punto cuando el Apocalipsis no llegaba. La tecnocracia, ya sea política o académica, carece de propuestas; cuenta con fórmulas. Y como las fórmulas no se discuten —dos más dos no está a votación—, realmente el debate no necesita ser organizado, sino, de entrada, requiere existir. Lo que vivimos como Babel, no es un vócerío desordenado, sino un automatismo en el que se repite la misma frase una y otra vez, sin variación, monocorde, cada quien tras su alambre de púas.

Con los intelectuales fuera de cualquier posición en el imaginario del gobierno, de los medios masivos, o de los opositores —el PRI ha sido antiintelectual siempre, porque su poder proviene de regalar pobreza a cambio de la venta del voto, y el PRD los expulsó a cambio de los Bejaranos—, los proyectos distintos se matan a videoescándalos y órdenes de aprehensión. Cuando el último vivo quede en pie, entonces estará en posibilidades de imponer su visión de las cosas. Y, sólo entonces, también, la esfera pública podrá ser reconstruida por la autoridad de la voz razonada, no especializada, y antisolemne, contra el nuevo poder. Ojalá. —

— FABRIZIO MEJÍA MADRID



SEGURIDAD

Grecia 2004: Olimpiadas y terror

Para los griegos, la celebración de los Juegos Olímpicos de 2004 en Atenas será el cumplimiento de una deuda histórica. La desilusión que sintieron en 1996, cuando el espíritu olímpico griego fue vencido por el imperio de Coca Cola en Atlanta, que les quitó su Olimpiada centenaria, fue superada sólo con la decisión de los miembros del Comité Olímpico Internacional de que 2004 sería el año del reencuentro con las raíces griegas. El problema es que nadie contaba con acontecimientos que iban a cambiar y torcer la ruta de nuestra historia moderna.

A partir del II-S, y con más intensidad aún tras el II-M, un nuevo espectro recorre el mundo occidental. El enemigo invisible, el terrorista que difunde su publicidad a través de internet y que forma parte de una rama suelta del árbol de Al Qaeda, llega a cada rincón del planeta y produce escalofríos con su probable capacidad operacional. Puede estar en

cualquier país, conducido por una fe ciega, controlada por mentes que proponen el integrismo islámico como respuesta a un Occidente en decadencia.

En nombre de unos Juegos Olímpicos seguros, los griegos inevitablemente han de sentir la presión de una limitación de sus derechos políticos y sociales, porque los servicios secretos de países extranjeros tendrán la posibilidad de ser, junto con el ejército griego, los reguladores de su vida cotidiana y tendrán acceso en cada momento a los archivos y ficheros personales de los ciudadanos. Dentro de todo esto, ¿no parece que ha desaparecido por completo el espíritu griego de la libertad y la solidaridad y, sobre todo, la famosa tregua olímpica durante la celebración de los juegos? ¿Quién puede soñar que estos juegos no van a ser un negocio internacional donde el público aplaudirá a atletas que reciben millones y no una simple corona de laurel? El famoso espíritu se ha perdido por los pasillos de la historia y, según parece, los doce dioses del Olimpo se están riendo por la mala representación teatral de una idea como la de los Juegos Olímpicos que ellos mismos patrocinaban y aplaudían, intentando convencer a los mortales de que sólo los héroes merecían su gracia.

El próximo agosto los doce dioses probablemente no estarán en Atenas por culpa de los radares volantes Awacs que sobrevolarán el cielo de Ática impidiéndoles el acceso, mientras siete mil hombres del ejército griego controlarán puertos y fronteras y los policías se dedicarán a sorprender a los habitantes de los barrios. Todos presionan. Por eso hace unos días el nuevo gobierno griego pidió oficialmente la ayuda de la OTAN, que no dudó ni un solo instante en ofrecérsela. ¿Quién sabrá proporcionar mejor información sobre los terroristas que sus servicios de información?

Dentro de un clima propio de la inevitable “histeria del terror”, muchos griegos no están seguros de si están preparando el mayor acontecimiento de la paz mundial o se preparan para la guerra. A los integristas musulmanes

no les interesan las relaciones amistosas que Grecia mantiene desde hace muchas décadas con el mundo árabe. Madrid también las tenía —antes de la guerra de Iraq—, pero nada detuvo a los terroristas a la hora de asesinar a 202 personas. La apuesta griega, o por lo menos su espíritu, está en peligro.

Las medidas de seguridad de los juegos que elaboró el gobierno griego son las más caras que se planificaron jamás. El presupuesto inicial, de seiscientos millones de euros, hoy supera los mil millones, y después de la masacre de Madrid nadie se atreve a preguntar qué cifras alcanzará. Los acontecimientos de Madrid lo cambiaron todo. El nuevo plan prevé que el puerto de Pireo estará cerrado a los barcos, mientras quinientos comandos americanos, en colaboración con 1,500 soldados que se entrenan a diario, controlarán junto con la policía griega todo aquello que se mueve, respira, reacciona y, probablemente, piensa. Otro problema que surge de tal concentración de fuerzas militares internacionales es cómo y quién controlará y organizará sus movimientos.

Es esta una militarización propiciada por el terror que solamente puede generar tristeza, sobre todo en quienes respiraron profundamente al Oráculo de Apolo en Delfos, o soñaron con el ruido de los aplausos de los atletas en Olimpia mientras atenienses y espartanos descansaban de sus interminables guerras. —

— MAKRI

NOTICIEROS

Abur a Brozo

Hace unas semanas salió del aire “El Mañanero, Noticiero chacotero”, conducido por “Brozo el Payaso Tenebroso”, también conocido en la vida civil como Víctor Trujillo, y en Canal 13, antaño, como la (inolvidable) “Beba Galván”, entrevistadora íntima e intimidante.

De lunes a viernes, de seis a diez de la mañana, Brozo y sus amigos trans-

mitían —y apostillaban— las noticias; reproducían las mejores caricaturas de los periódicos nacionales; glosaban con ingenio los titulares de la prensa, y entrevistaban a políticos, cantantes, actores, cineastas, gente de teatro, deportistas y (poquísimas veces) gente de pluma. Siempre, el payaso panzón de los pelos verdes y la nariz roja y las camisetas nacas tenía algo ocurrente o puntual que opinar o preguntar, en sabroso español culto o vernáculo.

A veces uno se hartaba de alguno de los miembros del (muy desigual) equipo de Brozo, o de los invitados, o de él mismo, y cambiaba de canal para enterarse de las ingratas novedades de la patria en los noticiarios más “serios”; pero yo, en todo caso, acababa regresando con Brozo. Su chispa volvía jocosos el



El gozo de Brozo.

espectáculo de la vida nacional. Vistos a través del guñol de “El Mañanero”, nuestros políticos parecían menos temibles, por lo que la risa resultaba menos visceral, estomacal y cardíaca que en la sobremesa con los cuates.

En la historia de la televisión mexicana —como de la radio, cuando en las mañanas de los ochentas casi no había taxista que no sintonizara su programa—, Brozo abrió nuevos caminos que fueron sólo suyos, pero que a muchos otros periodistas les sirvieron. “El Mañanero” en Canal 4 podía aburrir y exasperar por momentos, sobre todo en

su última hora; la misoginia del conductor hacía que al que escribe se le subiera la espuma; su egocentrismo acalabraba a muchos, y no faltaron los que indignabanse de que un payaso enjuiciara las payasadas de la vida política... Pero era un programa de lo más original en un medio, la tele, que inhibe la originalidad y en una televisión, la mexicana, que ha interpretado la nueva desinhibición verbal como un pretexto para ¡por fin! difundir los chistes machistas, racistas, sexistas y tarados de siempre.

Me quedan algunos recuerdos regocijados del programa de Brozo y los suyos. Por ejemplo, el equipo cantando, cada vez que se mentaba el nombre de la esposa del Presidente, “No llores por mí, Martita, el pueblo te necesita” (al son de *Evita*). La imagen inverosímil

de Cuauhtémoc Cárdenas riéndose. El chacoteo con Joaquín Sabina alguna mañana. Brozo diciéndole al senador Bartlett algo así como “Usted es uno de los villanos favoritos. Nadie lo querría como abuelo”. Rosario Robles, cuando era la cara agradable del PRD, riéndose a carcajadas. El gobernador Murat, al día siguiente de su misteriosísimo atentado, declarando de entrada que sus asesores le habían recomendado no acudir con Brozo, y és-

te diciéndole al rato algo como “¿No deberías renunciar, gobernador? No parece que entiendas lo que pasó”. Y desde luego, aquel momento en que, habiendo balconado a don René Bejarano con los videos donde empaca fajos de dólares como representante de ventas que arregla muestras gratis de medicamentos, como don René retobara, el Payale le espetó el célebre “¡No me pendejees!”

Por lo demás, le veo un buen lado a esto. Ya me libré de mi adicción a las noticias (*news junkie*) y apenas si las veo en la mañana. Son tan deprimentes... —

— HÉCTOR MANJARREZ